

ANTES
CRÓNICAS DE ADDWIN AZERH-BARATH
DEL
ALBA
LIBRO PRIMERO



EditorialSoldeSol.com | info@editorialsoldesol.com

Plaza Admón. Vieja 1, 1ª Izq. 04003, Almería

ANTES DEL ALBA. LIBRO PRIMERO

© 2023, Jordi Casas Bolet

© Diseño y maquetación: Editorial SoldeSol

Ilustración de portada: Editorial Soldesol

Corrección: Editorial Soldesol

Impresión bajo demanda por Amazon

Los derechos de este libro quedan reservados a sus autores. Puede dirigirse a ellos para solicitar autorización si desea utilizar alguna parte de este contenido.

ANTES DEL ALBA

Crónicas de Addwin Azerh-Barath

LIBRO PRIMERO

JORDI CASAS BOLET

S Editorial
Soldesol

Tal vez pueda el hombre
vivir sin amar,
pero aquel que a nadie ama,
es alguien que apenas vive.
—El autor—

Para mi madre, Ester.
Tanto soportado. Tanto superado. Tanto por llegar...
Te quiero.

EL INFRAMUNDO

UNA BRISA sofocante arrastraba los últimos vestigios de una densa bruma oscura. El cielo, de una tonalidad sangrienta, se hallaba carente de nubes, y la atmósfera perpetua y casi irrespirable de un lugar de pesadilla apenas permitía la existencia de contadas formas de vida. Decenas de bosques se hallaban diseminados por tan abrupto mundo. Bosques fantasmagóricos y sus árboles, apenas troncos carentes de hojas que se retorcían entre ellos como espíritus en pena vagando en el olvido. Sus moradores no eran en absoluto agradables; la mayoría de ellos harían temblar al más valeroso de los guerreros y provocar pesadillas al más despreocupado de los elghars. En esos parajes habitaban incontables criaturas de las marismas, decenas de seres que los humanos describirían como deformes. Fieras alimañas de nauseabundo aspecto, carentes por completo de moral alguna y deseosos de satisfacer sus más depravados instintos naturales, tales como el hambre; un hambre voraz e insondable casi imposible de saciar, y también la sed de sangre y su deseo o necesidad de satisfacerla a cualquier precio. Gran parte del lugar era formado por lagunas: kilómetros y kilómetros de barro y agua pútrida que lograba extenderse muchísimo más allá de lo que lo hacía el horizonte. La niebla apenas se levantaba por aquellas zonas y el resplandor del cielo rojo era sustituido por una tonalidad gris similar a la de un dibujo realizado con carboncillo. Por ello, los depredadores que habitaban en ellas gozaban de unos sentidos tremendamente desarrollados.

Las leyendas contaban que el Inframundo era el lugar donde los dioses llevaban las almas de aquellos que no merecían la Eterna Felicidad; y del mismo modo, tampoco el tormento del llamado Infierno. Los religiosos describían el Inframundo como el purgatorio de las almas que todavía estaban por juzgar: el lugar donde los muertos pasaban un tiempo pagando por unos pecados que en posteriores vidas ya no se les tendría en cuenta.

Pero nada había más lejos de la realidad en esa tierra abandonada por el abrazo de los dioses. Era cierto que aquel mundo era un vertedero de almas en pena y un lugar donde nadie en su sano juicio se adentraría por razón alguna. Se trataba del lugar espiritual donde se abandonaba a su suerte a los más peligrosos de los demonios y a muchos semidioses que no merecían estar en los planos elevados. En el Inframundo todo carecía de poder; todo era una enorme Nada en la que ni siquiera los dioses podían acceder sin arriesgarse a perder su omnipotencia. Eso era en realidad el Inframundo: la tierra de los desheredados; el lugar maldito donde se abandonaba a su suerte a toda clase de criaturas demasiado poderosas como para que camparan a sus anchas por la Realidad del Universo.

Y Torak era el peor de todos ellos. Miles de años antes de que el ser humano naciera, cuando la raza de los dragones empezaba a aprender a volar y los primeros elfos llegaban al mundo, el demonio-dios llamado Torak (que colaboró con el resto de los dioses en la creación del Universo) percibió el inmenso potencial que las razas inferiores poseían e intentó corromper sus almas para moldearlas a su voluntad. Torak despreciaba a toda forma de vida, no las consideraba merecedoras de habitar en la gran perfección del Universo; por ello, sirviéndose de su omnipotencia, trató de embaucarlos para así esclavizarlos y alzarse él como la única y verdadera divinidad. Su crueldad era infinita y su odio hacia el resto de sus hermanos marcado y arraigado, y no se detuvo hasta acariciar su ambición. Reunió a incontables demonios menores y a decenas de criaturas de los infiernos para llevar a cabo la que

siglos después se denominó Guerra Divina. Exterminó a muchos dioses sirviéndose del poder de su desprecio y se quedó a un paso de lograr extender su garra hasta el mundo de los mortales. Sin embargo, los dioses lograron reducirlo y lo condenaron a pasar el resto de la eternidad en el lugar que años después fue denominado Inframundo. Muchos de sus seguidores demoníacos fueron confinados también ahí, y otros muchos fueron destruidos para evitar que Torak volviera a reunirlos y lograr así su ambición sin límite.

Habían pasado milenios desde el día en que fue encerrado. Siglos y siglos sumándose uno por uno hasta olvidar por completo el significado de lo fue para él el tiempo. El cielo ya de por sí rojo se encendió con miles de llamas cuando dos ojos etéreos se abrieron en el firmamento, y dos pupilas negras como la noche contemplaron unos dominios que su poder había moldeado a su voluntad. Era el único dios del Inframundo, el más poderoso demonio que lo habitaba, y su poder llegó a aumentar sin que el resto de sus hermanos se percataran. Durante años, el dios Torak aprendió a ver más allá de lo que las fronteras espirituales de su encierro le permitían, y logró contemplar el mundo físico que antaño tanto anheló. Lo contempló durante milenios; incluso lo contemplaba en aquellos instantes. Había visto a los dragones cuando eran perseguidos hasta casi el exterminio por los primeros humanos, y vio a los enanos nacer. Aprendió los secretos del Cosmos y del Universo a medida que los primeros hombres desarrollaban la hechicería, y su sed de conocimientos aumentó gracias a su curiosidad y a su afán por comprender. Por ello no se detuvo hasta contemplar las infinitas dimensiones que son separadas por el continuo Espacio-Tiempo-Realidad, y suspiró de placer al descubrir que era el pensamiento la fuente de poder más absoluta. Logró aumentar su capacidad para absorber y utilizar la energía de los Cuatro Elementos y la modificó a su voluntad para albergar también todos y cada uno de los secretos que el Universo mismo iba creando a medida que se expandía por el Cosmos. Después de eternos milenios de encierro en ese lugar, era capaz de cualquier

suerte de hazaña, y no le costaría más que un simple suspiro el lograr construir un mundo igual que aquel en el que fueron necesarios más de cien dioses para lograr siquiera imaginarlo.

Era todopoderoso y omnipotente, y, tanto su locura como su odio, arraigado y cruel. Solo había un detalle que le impedía llevar a cabo sus planes de sumisión de todas y cada una de las razas que poblaban el Universo, un pequeño impedimento al que, pese a su poder y a su sabiduría oscura, era incapaz de encontrarle solución. El cielo se oscureció en torno a los dos ojos flamígeros y decenas de relámpagos cayeron sin control debido a su odio e impotencia. Tanto poder, tanto conocimiento, tanto tiempo malgastado en aprendizaje y comprensión. Pero era totalmente incapaz de hacer un leve rasguño a la realidad de aquella etérea cárcel para así escapar de allí y extender su garra tal como pretendía hacerlo.

La paciencia de Torak se estaba agotando, y así lo demostró en su mundo, en forma de decenas de truenos que hicieron temblar los cimientos espirituales del lugar, e hizo estremecer a todos los demonios que lo habitaban. Todos ellos huyeron de los alrededores y trataron de esconderse para no recibir su maldad. Eran conscientes de que en todos esos milenios Torak había enloquecido y no deseaban estar en medio cuando su rabia estallaba en derredor. De un simple susurro podía hacer que los planetas de todo un sistema solar chocaran entre ellos y produjeran un cataclismo capaz de destruir todas las dimensiones del Cosmos, y con él, toda forma de vida del Universo.

El dios-demonio respiró profundamente (o lo hubiera hecho de haberse tratado de una entidad física) y a continuación desplazó la vista hacia los dominios de los mortales, en concreto hacia el continente de Ghregis, donde las razas mortales quizá no estaban más avanzadas en la rueda de la evolución, pero sí conocían más secretos del Universo que en otros mundos paralelos.

Contempló a reyes siendo coronados y a decenas de guerreros perecer en incontables guerras. Observó con marcado interés cómo la sangre de los humanos, la más ambiciosa e inclasificable

de las mortales se derramaba en decenas de batallas libradas por el honor, el odio y la más simple ambición, y no dejó de contemplar cómo a lo largo de los años la gente nacía y moría después de unos breves años en la Tierra. Torak lo observaba con satisfacción en el rostro: le encantaba el sufrimiento en los demás. Disfrutaba contemplando la vida de una sola de aquellas patéticas criaturas y viéndolo luchar durante toda su vida por unos ideales en los que ciegamente creía. Insensatos, pensaba cada vez que se centraba en uno de ellos y veía cómo se consumían hasta morir. No eran capaces de vivir más que unas pocas décadas e invertían toda su vida en cuestiones que para él eran triviales. Apartó su mirada divina de un viejo herrero que moriría sin haber tenido un hijo al que ceder su negocio, y fue entonces cuando notó la característica reverberación en el aire que le sacó de su ensoñación: cada vez que un ser vivo utilizaba los poderes elementales de la magia, producía unas ondas que se extendían por todo el Cosmos; un fenómeno que podría equipararse a la cercana descripción de tirar una piedra en un estanque. Y en aquellos momentos las ondas llegaron hasta él con una claridad fuera de toda duda: provenía de algún lugar al este de los montes Grises, en la costa del, por los humanos llamado mar del Exilio. La mirada de Torak recorrió decenas de kilómetros de bastas colinas y ríos caudalosos, y se elevó por encima de las escarpadas cumbres cubiertas de nieve de los montes Grises hasta divisar las oscuras aguas del mar. Una vez sus ojos etéreos atravesaron la invisible frontera que le separaba del mundo que tanto ansiaba poseer, escrutó por vez primera el rostro de un muchacho humano de unos veinte años y no pudo más que asombrarse al percibir el impresionante poder espiritual que a tan tierna edad poseía. Torak odiaba a los humanos con toda su esencia eterna; para él eran criaturas imperfectas, y ese muchacho no era precisamente una excepción. Sin embargo, mientras contemplaba su silencioso meditar arrodillado ante la ventana que daba a la costa, se dijo que ese joven de cabello negro tenía algo en su alma que lejos distaba de la que poseían los restantes miembros de

su raza. A simple vista parecía un ser sereno y meditabundo, uno de tantos aprendices de hechicería capaces de soportar largos años de duros aprendizajes y sacrificios. Mas el poder de Torak era tal, que incluso era capaz de leer el alma de cualquier mortal como si esta se tratara de un libro de aventuras. No percibió serenidad en el espíritu de ese joven. No leyó ninguna actitud sumisa frente a los poderes que trataba de comprender. En vez de ello advirtió una gran sed de conocimientos y una inquietud inexplicable por poseerlos cuanto antes. En el interior de aquel muchacho de ojos grises y cabello negro había un algo inexplicable que nada tenía que ver con el alma de tantos hechiceros que había visto crecer y morir a lo largo de sus años de encierro. Ni el mismísimo Torak, con toda su omnipotencia, pudo comprender el porqué de tanta impaciencia en su corazón; parecía que semejante muchacho hubiera nacido para desafiar unas leyes de miles de años de antigüedad, quizá incluso desarrollar las suyas propias.

El dios-demonio apartó entonces la mirada del joven y sintió la imperiosa necesidad de alejarse unos kilómetros del aura que le rodeaba. Por alguna razón no pudo evitar sonreír, y durante los próximos tiempos se repetiría que un magnánimo destino estaba aguardando a aquel muchacho de tez pálida y cabello azabache que apenas empezaba a conocer el verdadero poder de la existencia. Diciéndose que él: Torak, señor del Inframundo tendría algo que ver con su destino, se dirigió a otra nación del mundo de Ghregis y se maravilló al contemplar de nuevo la impresionante belleza del más hermoso de los ángeles que había visto nacer el reino de Werlh: Como en tantas ocasiones anteriores, la encontró sentada frente al espejo de su habitación. Su cabello dorado caía en cascada sobre uno de sus hombros y el cepillo de plata que su diestra sujetaba con delicadeza descendía lentamente acariciando largos mechones de cabello similar en belleza a delicados hilos de oro tan brillantes como estrellas. Pese a hallarse a miles de kilómetros de ella y separado por un umbral invisible, Torak acudía cada noche a su cita privada con aquella hermosa flor virginal.

La descubrió, según el cómputo de los humanos hacía un mes; en una noche como aquella de un día más de su encierro en el Inframundo. Sentada sobre un taburete de elaborada madera de fresno, se cepillaba el cabello mientras tarareaba una melancólica melodía que sus oídos sobrenaturales eran incapaces de oír. Y al igual que aquella noche, la hermosa joven sin nombre suspiraba por un amor que difícilmente llegaría a encontrar.

Las llamas que cubrían su prisión alejada del calor que la luz era capaz de otorgar a todo un mundo atenuaron su resplandor y los restantes demonios que ahí habitaban se relajaron por fin: La mirada de Torak se hallaba completamente ofuscada ante la belleza de tan hermoso ángel de primavera y toda su rabia y todo su odio momentáneamente olvidado. Se imaginó adquiriendo forma humana y acariciándole el cabello. Pese a la lejanía en la que se encontraba (y a la vez únicamente separado por el delgado velo que mantenía distanciados los infinitos universos entre sí) sintió el sedoso tacto de su cabello entre sus dedos y se dejó embriagar por la suavidad de su piel al acariciarle el rostro con delicadeza. Decenas de pensamientos obscenos abordaron su mente depravada y senil, y fingió sentir que los labios de ella articulaban su nombre en vez de la letra apagada de una canción sin nombre que posiblemente aprendió de los bardos de la corte. Después de tantas visitas nocturnas, su alma inmortal y eterna sintió el azote de la soledad, y fue ello como atravesar el pecho desnudo de un fornido guerrero con el frío acero de una espada sin afilar. El odio volvió a crecer en su interior y gritó con fuerza de impotencia y las llamas del cielo se avivaron del mismo modo en que lo harían si un herrero lo hiciera en el taller con su fuelle. La mirada de Torak no se apartó en ningún momento de aquella dulce belleza de cabello rubio y ojos azules, y fue en aquel instante cuando advirtió un cambio en la expresión de su joven rostro:

Seguía sentada en su taburete, con el cepillo entre sus dedos y contemplando su reflejo. Pero ya no se cepillaba el cabello y sus pupilas estaban centradas en la imagen que el espejo le devolvía

de ella misma. Durante un par de minutos, Torak contempló sus ojos pacientes llenos de vitalidad y se preguntó qué había sucedido para que tan bella flor interrumpiera su rutina nocturna. Por ello, aumentó su concentración y acercó su mirada etérea todo lo que su encierro le permitió. Al hacerlo empezó a comprender, en el mismo instante en que el rostro de la muchacha se crispaba de terror y un grito capaz de atravesar la frontera invisible entre el mundo de los mortales y el de los demonios llegó hasta sus oídos sobrenaturales.

Torak no pudo evitar soltar una magnánima carcajada al descubrir que aquella muchacha de cabello rubio le había visto.

LA CARTA

LAS OLAS estallaban contra las escarpadas paredes del acantilado y varias gaviotas se dejaban llevar por la suave brisa que soplaba del norte, mientras los ojos entornados del anciano Addwin Azerh-Barath contemplaban el lejano velamen anaranjado de un pequeño navío pesquero que se perdía lentamente en el horizonte. Apoyado en un cayado todavía más viejo que él mismo y arropado por los primeros rayos de sol del amanecer, las arrugas que rodeaban sus ojos se volvieron como cavernas en las que se adentraron sus brillantes pupilas cuando escrutó la calmosa superficie de las aguas y se dejó llevar por la tranquilidad que semejante lugar le confería a su alma.

Faltaban pocas semanas para el fin del invierno y, gracias a los dioses, aquel año había sido suave. La temperatura a tan temprana hora era agradable, sin embargo, la brisa era húmeda y acariciaba levemente los amplios ropajes grises que calzaba. Una capa de grueso paño oscurecida por el tiempo y mil lavados se sacudía como las velas del navío que sus ojos ya apenas veían, y la capucha que antes cubriera sus orejas se hallaba sobre sus espaldas meciéndose como un estandarte en lo alto de la torre de una fortaleza. Poco a poco la brisa se iba tornando una leve ventolera y la sensación de humedad crecía en el aire y se intensificaba en las rodillas del anciano produciéndole un dolor agudo que le hizo mostrar una leve mueca que cruzó su rostro durante apenas un instante.

Cada mañana, al amanecer acudía al borde de aquel acantilado y contemplaba el sol naciendo por el horizonte. Llevaba varios

años practicando semejante ritual; atisbando el lento vaivén del mar y permitiéndose el lujo de perderse en sus pensamientos. A veces incluso se sentaba en el suelo y apoyaba la espalda en el tronco de un centenario roble que crecía a escasos metros de donde él se hallaba, y tocaba una pequeña flauta que se hallaba perdida en uno de sus bolsillos hasta que su discípulo, Talev iba a buscarlo para proseguir con su adiestramiento.

Aquella mañana el cielo había amanecido parcialmente encapotado. El sol, de forma perezosa trataba de atravesar el creciente manto de nubes que se acercaba desde el este, y una extraña sensación opresiva se revolvía en el interior de Barath a medida que los minutos pasaban y la oscuridad se desvanecía. Un nuevo día se alzaba ante sus ojos. Un nuevo amanecer que no auguraba nada bueno.

Suspiró con pesadez y escrutó el cielo teñido de gris. A continuación, y con la cabeza gacha, dio la espalda al mar y se encaminó en dirección al espeso bosque de álamos y abetos que se alzaba ante él. La fronda era tupida y los árboles, altos y gruesos; sin embargo, mientras serpenteaba por el estrecho sendero adentrándose en el bosque y alzaba la vista hacia el cielo, entreveía de vez en cuando y a través de las ramas más altas, las almenas de piedra roja que coronaban la torre que era su hogar. Elevándose a más de cincuenta metros de altura, la imponente construcción ofrecía un contraste espectacular con el bosque que le servía de asentamiento, como si aquella torre formara parte de este, de igual modo que los abetos, las ardillas o las piedras que dificultaron su paso sendero adentro.

Los pájaros trinaron alegremente desde las copas mientras Barath avanzaba medio sumido en sus cavilaciones. Un ciervo joven salió de detrás de unos arbustos sin el menor signo de miedo en sus pupilas y acercó el hocico al anciano. Este se detuvo para acariciarlo y, a continuación, le rascó con suavidad el lomo. Poco después, y con un asentimiento de cabeza que talmente parecía un gesto de satisfacción, el ciervo se adentró de nuevo en el follaje y

medio segundo después desaparecía de su vista. Todos los animales de aquel bosque conocían a Barath, todos ellos, desde el mayor de los ciervos o el más anciano de los lobos, hasta el más pequeño de los ratones o la más juguetona de las ardillas le respetaban y le amaban, del mismo modo en que él les respetaba y los amaba con todo su corazón. Barath, al igual que los elfos, apreciaba la vida y la respetaba por encima de todo. Le gustaba sentir la naturaleza en todo su esplendor a su alrededor, dejarse llevar por el murmullo de los pájaros o embobarse al contemplar simplemente el gracioso corretear de las ardillas en lo alto de los árboles.

Con las manos hundidas en los bolsillos de su capa y la mente sumida en sus elucubraciones, Addwin Azerh-Barath siguió caminando en dirección a su morada, hasta que varios minutos después cruzó la verja del jardín que la rodeaba y se internó en un lugar místico donde muy pocos humanos habían tenido el privilegio de lograr entrar.

El resplandor de una única vela de color esmeralda iluminaba tenuemente una estancia circular. Las cuatro ventanas que durante el día le otorgaban color y vida se hallaban completamente entornadas y sus postigos se habían cerrado también. Pero con ello no hubiera suficiente, las cortinas polvorientas de tonalidades grises habían sido corridas y un dulce aroma a incienso de lavanda mezclado con jazmín impregnaba cada piedra de aquella habitación, ardiendo desde tres pequeños quemadores colocados sobre la mesa o sobre un estante al lado de la gran librería que dominaba gran parte de la pared, junto a la cual se hallaban las escaleras que conducían a los pisos superiores e inferiores de la torre del gran maestro de hechiceros, Addwin Azerh-Barath.

Una alfombra confeccionada por manos orientales cubría la completa totalidad del suelo de baldosas blancas. Decorada con decenas de motivos de alegres tonalidades carmesíes, había sido un regalo que el emperador Lieng Fay, del imperio de Faeng-Hieng, le hizo a Barath cuarenta años atrás, en agradecimiento por los servicios que este realizó para mantener la paz que existía